

Marcos Jesús Fernández Labbé

Universidad Alberto Hurtado
mfernand@uc.cl

Rodrigo Henríquez Vásquez

Pontificia Universidad Católica de Chile
rodrigo.henriquez@uc.cl

“El ave Fénix que renacía de las llamas”: el uso de la metáfora en la escritura histórica en la temprana Historia Social chilena (1941-1953)*

“The Phoenix that was Reborn from the Flames”: The Use of Metaphor in Historical Writing in Early Chilean Social History (1941-1953)

Resumen

Este artículo busca presentar una serie de perspectivas teóricas y metodológicas útiles para analizar el uso de las metáforas en la escritura histórica. Para ello se exponen planteamientos propios de la hermenéutica, la teoría de la Historia, la lingüística y la historiografía. Estas proposiciones teóricas son aplicadas al análisis de dos obras de Historia Social elaboradas en Chile en los años 1940 y 1950, comprobando con ello tanto la presencia del lenguaje metafórico en la tradición de escritura profesional inspirada por el marxismo, como la utilidad de las metáforas para representar fenómenos históricos particularmente referidos a la condición de las clases trabajadoras.

Palabras claves: Historiografía, Metáfora, Historia Social, Teoría de la Historia.

Abstract

This article presents four useful theoretical and methodological perspectives to analyze the use of metaphors in historical writing: hermeneutics, the theory of history, linguistics and historiography. These theoretical propositions are applied to the analysis of the Social History works produced in Chile between the 1940s and 1950s, verifying both the presence of metaphorical language in the tradition of professional

* Artículo realizado gracias al FONDECYT regular no.1190275: La profesionalización de la historiografía chilena: políticas, conceptos y discursos en su articulación como campo intelectual (1930–1990).

writing inspired by Marxism, and the usefulness of metaphors. Represent historical phenomena particularly related to the condition of the working classes.

Keywords: Historiography, Metaphor, Social History, Historical Theory.

Introducción: Historia y metáfora en la historiografía reciente

Uno de los giros que pueden caracterizar al desarrollo de una línea de la historiografía contemporánea está referido a la reflexión que se ha hecho en torno a las relaciones entre la investigación sobre el pasado y el lenguaje utilizado para dar cuenta de sus resultados. Esta preocupación –evidentemente asociada al impacto del Giro Lingüístico en el conjunto de las disciplinas humanas– ha derivado en la multiplicación de análisis, ya no centrados exclusivamente en lo sucedido en el pasado o en la capacidad de las fuentes históricas de representarlo, sino en las herramientas narrativas disponibles para transmitir la experiencia del pasado significativamente al público del presente. En esa vía, la historiografía reciente ha subrayado la importancia de las metáforas en la construcción de relatos en torno al pasado, abriendo con ello el espacio de un análisis sistemático no solo de estas figuras literarias, sino que también de su propia historicidad (Fernández, 2015). Junto a ello, y en particular a partir de la reflexión del historiador mexicano Fernando Betancourt, se ha resaltado la función epistémica central que un análisis del lenguaje histórico reporta, en términos de que el reconocimiento del uso disciplinar del lenguaje significa dar cuenta de la capacidad auto-reflexiva de la Historia. Es decir, que al momento de analizar las distintas dimensiones del trabajo historiográfico –metodología, teoría y narrativa– es factible conseguir un nivel de comprensión del mismo que se aparta de una normativa epistemológica –una serie de reglas de procedimiento–, derivándose en el descubrimiento de los modos específicos en que la producción del conocimiento histórico se desenvuelve, anotando con ello su propia historicidad (Betancourt, 2007). Justamente en ese recorrido, la metáfora ha representado un foco de interés sustantivo, en tanto –y como se discute con más detalle en las siguientes páginas– su ascenso, caída y revitalización han marcado las relaciones entre la historiografía y las variadas vicisitudes en torno a la objetividad, el alcance de la representación sobre el pasado y la amplitud de recursos lingüísticos disponibles para ello (Ankersmit, 2004).

De forma manifiesta, la visibilización de las metáforas en el lenguaje científico –o académico– y su función cognitiva en la comprensión, permite derivar hacia la discusión sobre la función epistemológica de la retórica en la escritura histórica. Hace ya cerca de cincuenta años Hayden White (1998) propuso la que quizás sea una de las formulaciones más relevantes referidas a la historiografía como actividad de construcción de conocimiento y escritura, al considerarla: “como lo que más manifiestamente es: es decir, una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*” (p.14). En pocas palabras, White desplegaba así todo un programa de investigación y una forma de análisis de la escritura histórica que provocó violentos desencuentros y muy fértiles desarrollos. De forma sintética, el efecto de comprender a los textos históricos como formas de discurso suponía –mucho más que su ineludible emparentamiento con cualquier obra literaria, y por ello, la presunta obliteración del

problema de la verdad histórica— poner el acento en la capacidad que la escritura histórica tenía de efectivamente representar el pasado. Para White esto no era *per se* una utopía o desvarío objetivista, sino que más bien daba cuenta de dos problemas que pueden ser formulados así: en primer lugar, la evidencia de que en determinados períodos la historiografía era regida por el imperio de ciertos estilos, hábitos, modos de producción de conocimiento, que derivaban en que su verosimilitud y recepción en tanto elaboración de verdad histórica estuviera condicionada por la receptividad de las audiencias a estos estilos de formulación, lo que el mismo White denomina en otro lugar la cualidad retórica de la escritura histórica, en tanto esta debía ser entendida como una actividad creativa expresiva de la autoconciencia de una comunidad, con sus patrones culturales y sus expectativas en torno al pasado, el presente y el futuro. (White, 2010, p.54). Y en segundo lugar, la convicción de que la escritura histórica podía ser sometida a un análisis de corte formal —derivado en gran medida de la teoría literaria— ya que la coincidencia entre lo sucedido en el pasado con las herramientas narrativas disponibles para quien lo analiza no estaría en modo alguno garantizada. O si se prefiere, el pasado como tal, como facticidad, no es aprehensible por el lenguaje, en tanto este está condicionado por una suma de rasgos y funciones formales autónomas del desenvolvimiento temporal. De ese modo, al asociar en *Metahistoria* ciertos estilos de escritura con ciertas estructuras narrativas —articulando así modos de tramar con modos de argumentación y con modos de implicación ideológica—, y por ello abrir una agenda de análisis formal, White elaboró dos proposiciones, a este respecto, de enorme interés aquí: por un lado, el que las interpretaciones históricas construidas desde la investigación y la escritura histórica deben ser categorizadas y conceptuadas a partir “de la naturaleza preconceptual y específicamente poética de sus puntos de vista sobre la historia y sus procesos” (White, 1998, p.15). O dicho de otra forma, son las convicciones ideológicas y sensibles, el juicio anterior a la investigación misma, las creencias y prejuicios —en el sentido gadameriano de anticipación valorativa al conocer— los que en gran medida conforman y adelantan al conocimiento histórico disciplinarmente construido (Gadamer, 2007, p.105).

Junto a ello, White propuso la posibilidad de una teoría de los *tropos*, en la que se verifica el hecho de que a través de la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía sería posible dar cuenta —a partir de fórmulas propias del lenguaje narrativo— “de las operaciones por las cuales la conciencia puede prefigurar áreas de la experiencia que son cognoscitivamente problemáticas a fin de someterlas después a análisis y explicación” (White, 1998, p.46). Es decir, el análisis formal de la escritura histórica no solo puede derivar en una disección de estilos u operaciones léxicas, sino que también abunda en usos y procedimientos de carácter creativo a la vez que fuertemente contextualizados, entendiendo en ese doble giro la utilización de metáforas como un ejercicio propio de la escritura histórica, y por ello expresivo tanto de la operación historiadora como del campo pragmático —la comunidad científica o de lector/as de la obra histórica— de su recepción.

Este primer conjunto de proposiciones abre una serie de posibilidades para el análisis de la escritura histórica, que evidentemente no podrán ser agotados en este espacio singular. Por un lado, el problema enormemente significativo de la capacidad de representación —o al decir de Saul Friedlander, los límites de la representación— que los textos históricos tienen sobre lo ocurrido en el pasado, más aún cuando lo ocurrido se encuadra en los marcos ominosos del genocidio y la masacre (Friedlander, 2008, p.22). Como muy bien plantean Burucúa y Kwiatkowski en *Cómo sucedieron estas cosas*, la narración y puesta en escena de este tipo de acontecimientos dan cuenta de las insuficiencias e inoperancias de los modos tradicionales de representar —dejando caducas formas que sí son eficientes para la construcción de relatos

“normales” y a través de ellos la exposición verosímil de lo acontecido— en tanto provocarían (los eventos, no su representación) una “crisis de presencia”, entendida como “un cataclismo social provocado por la disolución y pérdida del sentido de las acciones humanas, un marasmo que cierra el paso a la posibilidad de imaginar la continuidad de la propia existencia de los individuos y de las comunidades históricas” (2014, pp.37).

Y en ese contexto, es muchas veces la metáfora la tabla de salvación a la que la narración de testigos y comentaristas recurre, conscientes de la imposibilidad de restituir lo incomprensible y repugnante por medio de los aparatos tradicionales de nuestra comunicación. Con los ejemplos de las guerras de religión, la *Shoa*¹ y las dictaduras latinoamericanas, los autores elaboran una revisión de las distintas teorías de la representación histórica, dentro de las cuales la noción warburgiana de *Denkraum* o “espacio para el pensamiento” tiene particular valor aquí (Burucúa y Kwiatkowski, 2014, p.20). Sí, puesto que este concepto operaría bajo la convicción de que la obra de arte proporcionaría una distancia reflexiva, valorativa y creativa que permitiría la elaboración de representaciones que —aún con sus limitaciones intrínsecas— posibilitarían una aprehensión cognitiva y axiológica compleja, meditada e interpretable sobre los acontecimientos que otras formas de narrativa y representación parecieran ser incapaces de lograr. Tal y como aquí se quiere desarrollar, la utilización de metáforas por parte de la escritura histórica bien podría ser asimilable a este “espacio de pensamiento”, ya que esta brecha entre acontecimiento y narración se colma de algún modo a partir de la elaboración y uso de construcciones narrativas con una lata carga de retórica y pre-conceptualidad (en los sentidos antes anotados desde White).

Un segundo frente de problemas que el tipo de proposiciones metahistóricas revela, y que son de interés a explorar ahora, se vinculan con la relación más general entre lenguaje e historia, o como lo ha expresado Franklin Ankersmit, la tensión existente entre “la compulsión del lenguaje” y “la compulsión de la experiencia”, comprensible como aquella situación —propia del conocimiento y la escritura históricas— en la que “frecuentemente podemos sostener creencias verdaderas sobre el pasado —lo enfatizo: *creencias verdaderas*— que tuvieron su origen en el lenguaje empleado o propuesto por el historiador más que en los hechos empíricos determinados” (Ankersmit, 2011a, p.91). Por lo mismo, y siempre en el ánimo de no mezclar el problema de la posibilidad de refrendar la escritura histórica con lo “realmente sucedido” en el pasado con las cualidades asignables a esta, lo que Ankersmit busca consolidar es el hecho de que “en el lenguaje, más específicamente en los conceptos, el vocabulario y las metáforas que utilizamos, podemos encontrar nuestra guía para evitar las verdades irrelevantes y para ponernos en la senda en aquellas verdades que profundizarán nuestra comprensión” (Ankersmit, 2011a, p.91) Así, una vez más son las facultades de la escritura histórica para comunicar de forma creíble y verosímil un conjunto de acontecimientos o procesos históricos lo que debe preocupar al análisis de la historiografía, y para ello el uso de las metáforas juega un papel particular, en tanto con su potencia de síntesis, inconceptualidad y poética —del mismo modo que por su recurrido uso en la escritura histórica— logran abrir esta senda a la que hace referencia Ankersmit en la cita previa.

Es justamente la profusión del uso de metáforas en la escritura histórica lo que permite al mismo autor emparentar intensamente a la teoría de la Historia con la teoría literaria y aquella dedicada a la reflexión sobre las artes visuales, dado que en los textos históricos se abunda en “el uso de metáforas visuales: nos gusta hablar de “imágenes del pasado”, del “punto de vista” desde el cual el historiador “mira” el pasado, de las “distorsiones” de la realidad histórica que una

¹ *Shoa* es el término hebreo —y común en la literatura especializada— para referirse al intento de exterminio masivo de las comunidades judías europeas en el contexto de la II Guerra Mundial.

“perspectiva” incorrecta puede generar” (Ankersmit, 2011b, p.134). De tal forma, la convergencia –que Ankersmit propone a través de la acción inicial de un cortocircuito que active los polos en cuestión– entre un análisis de inspiración literario y estético y aquel tradicionalmente reseñado a la historiografía, es un camino viable de interrogación sobre el texto histórico, y en específico, por medio de las plataformas que las metáforas representan.

Sin embargo, el punto más relevante del argumento de Ankersmit dice relación con el estatuto de los vínculos entre realidad y lenguaje, y cómo estos vínculos deben ser definidos en función de sus propios alcances a nivel epistémico y ontológico. Si bien no es posible desarrollar este amplio y muy contingente problema propio de la teoría de la Historia en este artículo, debe tomarse en consideración un primer desarrollo que el mismo autor nos propone, en términos de que la “compulsión de la experiencia” y aquella referida al lenguaje en gran medida se resuelven en el ámbito de la representación histórica –o si se prefiere, de la escritura histórica como representación. Y así como antes se comentaba a la luz de las proposiciones de Burucúa y Kwiatkowski en torno a los límites, desafíos y cesuras de la representación, para Ankersmit la función de la representación sí alcanza un umbral de significado y comprensión eficiente, en tanto “los conceptos son las contrapartes lingüísticas de las formas en la realidad. Pero estas formas no anteceden lógicamente ni temporalmente a la representación. Al dar cuenta de la realidad en términos de representación (estética), la representación proyecta sus propias formas sobre la realidad, dotándola así de ser una realidad representada.” (Ankersmit, 2011a, p.103) Y a esta situación, de por sí expresiva de un tipo de análisis sobre el conocimiento histórico, debe añadirse que “la representación no añade (o mejor dicho, no debería añadir) nada a la realidad, ni siquiera a nuestro conocimiento de ella, mientras que, por otro lado, añade todo aquello que necesitamos para poder encontrar nuestro camino en el mundo.” (Ankersmit, 2011a, p.103)

Así, el referente de la experiencia –entendida al modo objetivista de lo realmente sucedido y que es factible de ser transmitido en los materiales del pasado que informan a la escritura histórica– debiera ser instalado en una dimensión distinta a la función clave de todo texto histórico: la capacidad de representar válida y verosímilmente un conjunto de interpretaciones referidas al pasado, y más todavía, que estas representaciones operen como una guía práctica –*phronética* en el decir de Gadamer– para la vida en el presente (Gadamer, 2007, p.84). Y también para la comprensión del pasado, por supuesto, aun cuando esta para el mismo Ankersmit se encuentre muchas veces agazapada en lo sublime que la noción de experiencia neohistoricista supone (Jay, 2009, pp.291-296). Lo que aquí importa destacar es que son justamente las metáforas las que poseen esta facultad comprensiva y de vectores de comunicación de interpretación histórica que las vuelven tan relevantes para el análisis historiográfico, y el dato de que las y los lectores de textos históricos sepan efectivamente que las metáforas son figuras retóricas, representaciones sin ánimo de objetividad, imposibles reflejos de la experiencia empírica, las define como instrumentos indispensables del conocer histórico.

Análisis de metáforas: modos de uso y profesionalización de la Historia

Todo lo anterior permite orientar la reflexión referida a las relaciones entre metáfora y escritura histórica al campo de la metaforología, acuñada de forma tan hermética como ambiciosa por la obra de Hans Blumenberg y que, desde su origen, se auto representó como una suerte de disciplina complementaria a la Historia Conceptual, aun cuando la noción blumengeriana de

metáfora la supone como previa y quizás superior en su cualidad explicativa a los conceptos de los que se hace cargo sistemáticamente aquella historiografía inspirada en gran medida por la obra de Reinhart Koselleck. Sí, puesto que uno de los atributos definitorios de las metáforas sería su “inconcepción”, es decir, su capacidad de comunicación de fenómenos complejos –muchas veces universales e históricamente reiterados– por medio de figuras e imágenes literales que, conscientes de la distancia formal que mantienen con el objeto representado, son convincentes y sintéticas en la transmisión de su complejidad y contradictoriedad. En ese sentido, la relación entre concepto, metáfora y metaforología –desde una perspectiva histórica– es asimétrica en favor de la segunda, y para el análisis que aquí se despliega, es ilustrativa de las funciones que cumplen las metáforas en la escritura histórica:

De ahí que las metáforas absolutas tengan *historia*. Tienen historia en un sentido más radical que los conceptos, pues el cambio histórico de una metáfora pone en primer plano la metacine de los horizontes históricos de sentido y de las formas de mirar en cuyo interior experimentan los conceptos sus modificaciones. Esa relación implicatoria determina la relación de la metaforología con la historia de los conceptos (en sentido estrictamente terminológico) como una relación que se ajusta al tipo de la servidumbre: la metaforología intenta acercarse a la subestructura del pensamiento, al subsuelo, al caldo de cultivo de las cristalizaciones sistemáticas, pero también intenta hacer comprensible con qué “coraje” se adelanta el espíritu en sus imágenes a sí mismo y cómo diseña su historia en el coraje de conjeturar. (Blumenberg, 2003, p.47)

E incluso más, las metáforas –aquellas metáforas absolutas como Blumenberg las denomina– serían capaces de determinar “como referencia orientativa, una conducta; dan estructura a un mundo; representan el siempre inexperimentable, siempre inabarcable todo de la realidad. Indican así a la mirada con comprensión histórica las certezas, las conjeturas, las valoraciones fundamentales y sustentadoras que regulan actitudes, expectativas, acciones y omisiones, aspiraciones e ilusiones, intereses e indiferencias de una época” (Blumenberg, 2003, p.63). De ese modo, la cualidad de síntesis, de condensación de significados y proyecciones que la metáfora tiene la vuelven no solo un instrumento narrativo indispensable para la construcción de escrituras históricas que pretenden dar cuenta de fenómenos marcados por su contingencia, su opacidad, su inaprensibilidad fáctica, sino que además es un medio de comunicación que, dotado de las facultades de la retórica, hace que la transmisión de contenidos y proposiciones sea más atractiva, convincente: “la metáfora no tiene forma de enriquecer la capacidad de los medios de expresión; no es más que un medio de conseguir que el enunciado sea *eficaz*, que afecte e interese a sus destinatarios” (Blumenberg, 2003, p.43). Como más adelante se analizará, justamente esta potenciación de la eficacia del contenido es una de las claves de comprensión de la escritura de la Historia Social, ya que la convergencia entre una narración del pasado y las urgencias políticas del compromiso con el presente hacen de esta eficacia una obligación, más aún cuando ambas variables –la escritura de una relación del pasado y las demandas de una determinada opción del presente– se enmarcan en un universo intelectual, disciplinar y político preciso, aquel al que la metaforología debe metódicamente atender, en tanto “lo que emerge del material metafórico pertinente exige, por su parte, antes de que se pueda y deba fijar como punto de aquella curva [referida a la trayectoria histórica de una metáfora particular], una interpretación del contexto intelectual en cuyo interior se sitúa y oficia, y recibe tanto su contorno como su colorido” (Blumenberg, 2003, p.91).

A partir de todo lo anterior queda en evidencia el hecho de que las metáforas cumplen un papel muy importante en la elaboración del conocimiento histórico. Permiten, como se ha venido señalando en el último tiempo, la construcción del sentido histórico gracias al poder que tiene la metáfora de proporcionar a un mismo significado (un concepto histórico) otra forma (algo concreto): la metáfora ayuda a la comprensión de fenómenos complejos y con ellas es posible articular enunciados históricos verosímiles como, por ejemplo “las demandas sociales agitaron las aguas del sistema político”. Su utilización en la escritura –así como de otros recursos retóricos– ha ido a la par con la profesionalización de la historiografía a lo largo del siglo XX. La profesionalización, señala Novick, comenzó cuando las comunidades de pares empezaron a controlar el ingreso de los participantes a dicha comunidad. Con esto, se pretendió, por una parte, diferenciarse del mundo *amateur* a través del establecimiento de normas de investigación y escritura y por la otra, institucionalizar dicho control en academias, revistas y universidades (Novick, 1997).

Los efectos más visibles de este proceso fueron la fundación de escuelas, institutos, licenciaturas, maestrías y doctorados, junto a Bibliotecas y medios de difusión de las investigaciones realizadas. La formación incipiente de una comunidad de pares fue fundamental para tareas como la transformación de los archivos administrativos regulares en archivos históricos, la edición, impresión y distribución de fuentes primarias cuidadosamente anotadas y la creación de revistas especializadas (Maignushca, 2015; Soza, 2013; Devoto y Pagano, 2010). De forma paralela, la incorporación de cátedras de Historia en la institucionalidad universitaria en Latinoamérica durante la primera mitad del siglo XX tuvo notables efectos en la construcción del campo historiográfico (Florescano, 2003).

Todo lo anterior permitió la elaboración de criterios evaluativos propios y especializados para distinguir la historiografía profesional de la *amateur* a partir de factores como la prioridad de las fuentes primarias en las narrativas históricas; la aplicación de técnicas hermenéuticas, como los métodos filológicos para evaluar el valor de la verdad; la necesidad de considerar el texto como abierto, sujeto a constantes revisiones fácticas y conceptuales (Maignushca, 2015, p.474). Esta suerte de consenso en torno a lo que Torstendahl denominó “exigencias mínimas” (la consistencia lógica y la confiabilidad empírica intersubjetiva) es producto de lo que el mismo autor denomina fuerzas centrípetas y centrífugas de la profesionalización de la historiografía del siglo XX, en donde las primeras operan como un factor de cohesión para determinar procedimientos y normas diferenciados de otras disciplinas y las segundas que permiten la creación de especialidades y la fragmentación de la disciplina (Torstendahl, 2014).

En ambos casos el campo intelectual producido es a partir de la intersubjetividad de sus miembros, con consensos y debates que fijan un límite a la subjetividad del profesional de la Historia (Bourdieu, 2009). Como precisa Zermeño una de las características de la profesionalización fue la de diseñar procedimientos y normas que homogeneizaran la producción científica en un conjunto de criterios establecidos de modo colectivo: “lo que la epistemología del siglo XIX no pudo vislumbrar es que el paso de la percepción propia a la ajena, de lo subjetivo a lo objetivo, se realiza por medio de una acción que tiene lugar en el espacio de la comunicación, y en particular, en el de la escritura” (Zermeño, 2010, p.28).

Para el logro de su afirmación disciplinar e institucionalización, la historiografía comenzó a utilizar los recursos que otras disciplinas humanistas y sociales –como la lingüística, la filología, la filosofía, la psicología y la sociología entre otras– ya habían puesto en operación. Entre ellas, numerosas metáforas provenientes de las ciencias experimentales. Así el uso de metáforas biológicas (la sociedad como un organismo), ópticas (el punto de vista, la perspectiva) y

metáforas de estructuras físicas (la base normativa, las estructuras sociales) entrarán en el lenguaje de la historiografía paulatinamente. Así, la utilización de metáforas en el discurso de la Historia, a la par con otros recursos retóricos, ha sido una de las características de la profesionalización de la historiografía desde su institucionalización. Como en otras disciplinas científicas, las metáforas han sido constitutivas del actual discurso académico leído o escrito de la Historia porque, entre otras cosas, facilitan la comprensión y la comunicabilidad del conocimiento.

De esta forma, numerosos conceptos tuvieron su origen en metáforas, como por ejemplo, los clásicos conceptos de estructura o de estratos geológicos utilizados por los *Annales* y su estratificación de los tiempos de la historia que se organizarían desde la superficie del agua agitada de los hechos políticos, pasando por los estratos intermedios de la economía y la sociedad para llegar a las profundidades de la larga duración. De igual manera, la Historia Conceptual ha utilizado las metáforas geológicas para referirse a las capas de significados de los conceptos y su relación con las transformaciones sociales. Otras metáforas refieren a la “posición” del historiador frente al conocimiento histórico y su función: como cronista, testigo, notario, juez e intérprete (Fernández, 2015, pp.33-37). Carlo Ginzburg destaca, en la misma línea con lo anterior, la aparición del “punto de vista” en la historiografía moderna. Tal aparición se habría debido a la utilización de metáforas referidas a la distancia y a la perspectiva. En la escritura de la Historia, esto se aprecia en la aparición del historiador y la historiadora como quien que ve cosas que luego interpreta. Por ello, se habla de la visión y la óptica, el punto de vista, el enfoque, la perspectiva, incluso cuestiones como el retrovisor, los reflejos de espejos, espejismos y otros conceptos similares (Ginzburg, 2000).

La mirada permite establecer otra de las metáforas maestras que indica Fernández: la de “distancia temporal”, lejanía, cercanía, familiaridad y extrañamiento, mediación, empatía, alteridad, todas posiciones que se han utilizado para definir la función comprensiva de la historiografía (Fernández, 2015, p.40). Por todo ello, es posible coincidir con Stambovsky cuando indica que las metáforas cumplen tres funciones en la historiografía: heurística como en el discurso científico, representativa como en la literatura y cognitiva para la comprensión (Stambovsky, 1998).

Orientados por este tipo de presupuestos teóricos, historiográficos y metodológicos, la investigación de la cual forma parte este estudio tiene como propósito comprender la formación y desarrollo del campo de la historiografía desde la profesionalización de la escritura. Siguiendo a Novick en la proposición de que la profesionalización fue el ingreso controlado al campo por la comunidad científica, las tesis de pregrado fueron el mecanismo para certificar el ingreso de nuevos-as participantes al campo. Por ello, en esta ocasión se propone el análisis detallado de dos tesis que corresponden a la temprana Historia social chilena: la de Julio César Jobet *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad* de 1941 y la de Jorge Barría *Los movimientos sociales de principios del siglo XX (1900-1910)* de 1953. Ambas tesis fueron realizadas en el Departamento de Historia y Geografía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Julio César Jobet (1912-1980) fue uno de los fundadores del Partido Socialista y fue varias veces miembro de su Comité Central. Su tesis sobre Santiago Arcos fue publicada al año siguiente inaugurando una fértil producción historiográfica. Entre sus obras más reconocidas están el *Ensayo crítico del desarrollo económico y social* (1955), *Doctrina y Praxis de los educadores representativos chilenos* (1958) y *El Partido Socialista de Chile* (1971). Fue uno de los más reconocidos historiadores marxistas del siglo XX y mantuvo una posición crítica al estalinismo. (Gazmuri, 2009, pp.466-468) Jorge Barría (1929-1983) también de orientación socialista y

reconocido discípulo de Jobet, publicó como libro su tesis en 1960 con el mismo nombre. Fue un destacado historiador del sindicalismo con varias obras sobre el tema, entre ellas *Breve historia del sindicalismo mundial* (1962), *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno 1946-1962* (1962), *Historia de la CUT* (1971) y el *Movimiento obrero en Chile* (1971) (Gazmuri, 2009, pp.453-454).

En ambos texto es posible verificar la hipótesis de que un factor decisivo de la profesionalización –junto a otros factores institucionales y contextuales– fue la utilización recurrente de tres recursos del lenguaje académico en la escritura histórica en formación: la intertextualidad y la visibilización de las fuentes, de las referencias a otros autores y las estrategias de inclusión en los textos (citas, paráfrasis, notas al pie, entre otras); el uso de metáforas causales y la elaboración de conceptos abstractos puestos en relación causal con los hechos; y la utilización de metáforas semánticas. En este tipo de metáforas se focalizará este artículo. Para su definición, es útil el marco conceptual de Lakoff y Johnson sobre la función de las metáforas semánticas en la construcción de argumentos, quienes señalan:

Construimos argumentos cuando es necesario mostrar las conexiones entre cosas que son obvias –que damos por supuestas– y otras que no son obvias. Por ello combinamos ideas [...] las cosas que damos por supuestas son el punto de partida del argumento: las cosas que deseamos poner de manifiesto son las metas que deseamos alcanzar. Conforme procedemos hacia esas metas, progresamos en el establecimiento de conexiones. Estas conexiones pueden ser fuertes o débiles, y la red de conexiones tiene una estructura global más básica. (Lakoff y Johnson, 2009, p.138)

De ese modo, estas conexiones que poseen la capacidad de articular sintética y comprensiblemente una narración referida al pasado –en busca de representar así hechos y procesos a la vez que darles un orden causal y una forma narrativa que permita su aprehensión por parte de la comunidad de lectore/as, y que al hacerlo les sea verosímil– son posibles de establecer en forma significativa a partir del uso de metáforas, que los mismos Lakoff y Johnson clasifican en tres tipos: orientacionales, ontológicas y estructurales. En las primeras primarán figuras de ubicación espacial (arriba/abajo), en las segundas la referencia a los fenómenos se da conceptuándolos en tanto entidades que operan sobre los agentes y procesos históricos, y finalmente las estructurales –en las que en gran medida se centra este artículo– entendidas como aquellas en que un concepto está estructurado metafóricamente en términos de otro, abundando en la utilización de figuras geográficas, bélicas, fisiológicas, del ámbito de la construcción o de la distancia, ya sea en el tiempo o en el espacio (Lakoff y Johnson, 2009, p.64).

Historia Social: la inmensa metáfora del pueblo

Verificadas así teóricamente las relaciones entre escritura histórica, experiencia del pasado y metáfora, es posible ingresar al análisis preciso de una pareja de obras históricas que, enmarcadas en la temprana Historia Social chilena, servirán de ejemplo de las posibilidades, límites y horizontes que un análisis de este tipo presenta en la convergencia entre Historia y narrativa. En primer lugar, la revisión de la tesis de Barría –dedicada a la crónica de los albores del movimiento obrero en Chile– permite distinguir una vasta cantidad de metáforas en las que es

posible verificar buena parte de los supuestos teóricos y heurísticos que antes se han expuesto. De forma evidente, el papel central así del relato como de la agenda política del autor lo ocupan las clases trabajadoras del país, que a lo largo de su despliegue a través del siglo XIX e inicios del XX dan cuenta de una incontrarrestable historicidad de futuro, al mismo tiempo que de una capacidad de sacrificio y combatividad ilimitados. De forma sistemática, el relato de Barría puede organizarse a partir de dos factores: las condiciones de vida y muerte del pueblo trabajador; las estrategias para su organización y empoderamiento político y social. En ambas dimensiones la recurrencia a metáforas es reiterada e imaginativa, propia de los esquemas de comprensión político-historiográficos que la temprana Historia Social chilena contenía en su interior.

La crónica histórica de las clases trabajadoras se inicia en el texto que se analiza en el último cuarto del siglo XIX, marcado por la anexión de las provincias salitreras tras la guerra contra Perú y Bolivia y con ella el aumento sostenido de la inversión extranjera y la generación de riqueza basada en dicha actividad. De ese modo, para Barría “Chile y el Salitre son dos palabras que surcan los mares llevando en los sacos que guardan en sus bodegas los veleros extranjeros que llevan el abono para fecundar las tierras yermas y su nitrógeno para fabricar la muerte” (1953, p.3). La identidad así construida entre el país y su materia prima de exportación se fortalece por el contrapunto entre vida y muerte que supone, no solo para las naciones europeas, sino para el conjunto de la clase trabajadora que se origina en su explotación. Sí, en tanto que poco más adelante el texto define una causalidad general del surgimiento del proletariado chileno, pues era “el salitre” el creador de este, ya que “la mecánica de su producción había ido concentrando a grandes masas de trabajadores en el norte” (1953, p.8). Esas masas de operarios eran para Barría “los gérmenes de su futura redención” (1953, p.8), aquellos que “ya empiezan a dar síntomas de su presencia en el escenario de la historia” (1953, p.8).

Persistentemente –y como estas primeras imágenes ya lo demuestran– la crónica del movimiento obrero de Chile es un relato progresivo que va de menos a más, delineando el comportamiento no solo de hombres y mujeres de carne y sufridos huesos, sino también la progresión de la historia, el avance de un porvenir que –temporalizado como umbral de futuro de acuerdo a la terminología de la Historia Conceptual– encadena y significa cada una de sus etapas en una función teleológica de la que el relato histórico es a la vez mimesis y orientación. Ese tipo de síntesis, justamente, se refuerza en el texto de la siguiente metáfora, dedicada a la “clase dirigente del futuro” (Barría, 1953, p.8) en su alborada, refiriéndola como aquella sobre la que “ya hemos visto sus primeros balbuceos inconexos, vacilantes, pero al fin y al cabo de un grito de rebelión, que en el transcurso del tiempo se hará pujante y viril.” (Barría, 1953, p.8) Así, operan dos niveles de aplicación metafórica: por un lado, el trayecto desde el pasado al futuro; por otro, la analogía con el desarrollo fisiológico de lo humano, desde la infancia balbuceante a la madura virilidad del cuerpo proletario.

Como efectivo agente del “escenario de la historia”, el relato de las condiciones de vida de las clases trabajadoras ocupa una porción muy relevante del texto, y en su esfuerzo descriptivo ofrece una multitud de metáforas para dar cuenta de “el verdadero creador de las riquezas” (Barría, 1953, p.25), ese “obrero que en multitudinario enjambre labora en la pampa, en el pique carbonífero, en los talleres de la naciente industria nacional, en el laboreo de la tierra, entregando su cuota de sudor.” (Barría, 1953, p.25) De esa forma, si antes el pueblo trabajador era el hombre en camino a su viril madurez, ahora la multitud de salitreros eran compendiados como un enjambre, metáfora universal del esfuerzo y la tenacidad laboral epitomizado en las abejas. Un enjambre sometido a la violencia de los elementos y de sus antagonistas del capital, en tanto en

palabras de Barría, en la árida pampa salitrera “la camanchaca² envuelve como un sudario el desierto en ocasiones, haciendo aún más penosa la existencia” (1953, p.25), en referencia a la neblina húmeda que en las madrugadas arrastra algo de la costa hasta las faenas del interior. Esta humedad es un sudario, una tela que remite a la muerte, a la pérdida.

En el mismo campo de descripciones, será recurrida la figura del “feudo” para significar a las oficinas de explotación del nitrato, y correspondientemente, los patrones serán “los barones del salitre”. En la descripción de Barría “cada oficina es un feudo administrado por ese nuevo barón feudal del siglo XX que es el gerente de la compañía explotadora de salitre” (1953, p.26). Ese espacio –manifiesto de la autarquía, del poder unipersonal y arbitrario, de la ausencia de un Estado capaz al menos de arbitrar entre patrones y trabajadores– era el lugar en que, al momento de enfrentar su descripción: “las palabras no pueden reflejar las condiciones de trabajo, el sufrimiento, la desesperanza de los miles de trabajadores que en la pampa daban al país y a las empresas salitreras los raudales de oro que harían más ricos a los ricos y más pobres a los pobres” (Barría, 1953, p.26). Así, lo indecible, aquello que no puede ser transmitido a pesar de la citación de multitud de fuentes, de estadísticas, de notas de prensa o discursos parlamentarios, de pesos y medidas, de valores y divisas; ello, el núcleo de la experiencia proletaria no podía ser reflejada a través de palabras, el lenguaje no sería capaz de dar cuenta de la compulsión de la experiencia y se limitaba (en sus límites) a la presentación de metáforas capaces de dar cuenta de los fenómenos que marcan la opresión del pueblo laborante.

De tal forma, por ejemplo, las deudas que los trabajadores adquirirían en las tiendas locales para su alimentación y descanso se convertían “en una cadena de hierro que ata al particular a la oficina” (Barría, 1953, p.28), en “un eslabón más de la cadena de explotación del pampino” (Barría, 1953, p.44); las tecnologías y artefactos que servían para la explotación salitrera eran por su parte “verdaderas máquinas de la muerte” (Barría, 1953, p.30) por la falta de medidas de seguridad; y la ausencia de establecimientos educacionales permitía que “a la esclavitud económica se una la esclavitud mental” ya que “el analfabetismo cobra su tributo a los pampinos” (Barría, 1953, p.45). Aparece aquí una de las más potentes metáforas para abordar la descripción de las condiciones de trabajo de las clases operarias de fines del siglo XIX chileno: la esclavitud, una esclavitud que se padecía no solo en el “infierno blanco” de las salitreras, sino también en el “infierno negro” (Barría, 1953, p.49) de las minas de carbón localizadas en la zona de Lota y Coronel al sur del país. Sudario, feudo, máquinas de muerte, cadenas de opresión, infierno, esclavitud: todas metáforas que buscan sintetizar y transmitir la miseria, la amenaza, la fragilidad y el abuso que la vida proletaria suponía, aquella experiencia inenarrable con conceptos o palabras, solo comunicable a partir de este tipo de reflejos.

La segunda parte del texto de Barría se despliega a partir de los esfuerzos de organización que el pueblo trabajador de Chile protagonizó entre fines del siglo XIX e inicios del XX. De forma global este relato tiene dos características destacables: por un lado, da cuenta nuevamente de una progresión incuestionable, aun cuando se verifiquen retrocesos y desvíos momentáneos; y en su desarrollo escritural recurre a multitud de metáforas, que en gran medida cubren la suma de las categorizaciones y características que para este tipo de plataforma de escritura histórica se han definido previamente.

Así, en primer lugar, el uso de metáforas fisiológicas será corriente, por ejemplo, al momento de caracterizar al movimiento obrero de fines del siglo XIX como en estado de “infancia” (Barría, 1953, p.56), que dará paso a las primeras experiencias reivindicativas y luego

² Espesa niebla que por las mañanas se desplaza desde el mar a la pampa del desierto.

la madurez organizacional. Este camino, sin embargo, será reiteradamente graficado con metáforas de naturaleza bélica, en donde el enfrentamiento entre ricos y pobres, entre trabajadores y patrones será una relación símil a la guerra. De esa forma, cada lucha reivindicativa en cada instalación fabril o de explotación económica será ilustrada como “pequeños reductos en los que se combatirá diariamente”, logrando “estos miles de pequeños combates” la creación de las “condiciones subjetivas” que permitirían la comprensión por parte de cada trabajador de que “el capital y el trabajo, el patrón y el obrero, son dos entes distintos, con distintas finalidades, con distintos puntos de vista, con intereses contrapuestos y una moral distinta” (Barría, 1953, p.73). Así, el plano del conflicto en el que se representa la oposición entre trabajo y capital deriva en la construcción de una oposición de todo nivel, impregnado inclusive en el ámbito subjetivo de la moral. Evidentemente, la naturaleza de esta subjetividad era la conciencia de clase, y esta en su despliegue se verificaba a su vez como las etapas de un combate, en tanto “los trabajadores con su sacrificio diario irán creando ellos mismos sus propios baluartes e irán en su lucha permanente consiguiendo mejores condiciones de vida para ellos y sus hijos” (Barría, 1953, p.74). De forma concordante, las estrategias de organización laboral –la unidad, la reivindicación, la prensa obrera– son definidas como “armas” (Barría, 1953, p.75), con las que se emprendería “el avance contra la Bastilla del capital” (Barría, 1953, p.125).

Como antes ya se dijo, el comportamiento progresivo del movimiento obrero era un axioma indiscutible para Barría, y quizás la mejor forma de expresarlo era por medio de las metáforas asociadas a la naturaleza, que con su eco inexorable y de algún modo previo a la intervención humana marcaban el destino de trabajadores y trabajadoras. Así, la constitución de la Mancomunal de Chile –organización de tipo federado que reunió a distintas asociaciones de ayuda mutua– es descrito como el hito en el que “las corrientes proletarias del Norte, de Valparaíso, de Santiago y del carbón fluyen a buscar un solo cauce que las regule y las haga crecer en potencia luchadora” (Barría, 1953, p.103). En sentido opuesto, pero con la misma tipología de figuras del fluir de los ríos, la falta de solidez y conciencia de algunas agrupaciones políticas que no satisfacían efectivamente las demandas de las organizaciones de trabajadoras y trabajadores eran definidas por Barría como “un freno al cauce natural en el debían vaciarse las inquietudes políticas del proletariado nacional” (1953, p.204). De forma igualmente gráfica e interesante, como un contrapunto propio del maquinismo reflejo de la previsibilidad de la naturaleza, la expansión de la Federación Obrera de Chile será referida como fruto de la “ramificación de su organización que se extiende a lo largo de toda la línea ferroviaria del país” (Barría, 1953, p.125). De modo similar, al momento de narrar el proceso de articulación de este tejido social y organizacional proletario, Barría recurre a una suma de metáforas estructurales, de edificación y albañilería, en tanto “es época de construcción de las primeras bases del edificio sindical del proletariado nacional”, edificio cuya “construcción le cuesta persecuciones sin cuartel, procesos, asaltos, derramamientos de sangre” tras los cuales, indefectiblemente “cual ave fénix, renace de los escombros de sus organizaciones y vuelve a reconstruir sus sociedades” (Barría, 1953, p.125).

Una y otra vez el recorrido del movimiento obrero de Chile es referido al combate y al modelo del trayecto de una vida, que podía ser segada y destruida pero –como solo la metáfora lo permite– podía a su vez ser reactivada: el día 21 de diciembre de 1907 aconteció la peor masacre de trabajadores y trabajadoras que recuerde la Historia de Chile, en un episodio –la matanza de la Escuela de Santa María de Iquique– que ha sido revisado historiográfica, poética y artísticamente en multitud de ocasiones. Utilizado corrientemente como hito en la cronología del movimiento obrero, Barría despliega un conjunto de imágenes para dar cuenta del suceso que, recurriendo a

metáforas muy potentes, da cuenta así de la dificultad de su representación como del poder de síntesis afectiva, empática, que la narración del suceso suponía en el texto que se analiza:

El movimiento social del 21 de diciembre de 1907 junto con marcar una fecha gloriosa en el martirologio proletario, significó un retroceso transitorio de un ascenso combativo, una oleada de terror recorrió el cuerpo de los trabajadores de Chile, la imagen de los masacrados quedó incrustada en sus ojos durante un tiempo; pasaron algunos años para que la ofensiva vuelva a adquirir una nueva pujanza. Pero el trabajador es como el ave Fénix que renacía de las llamas, aquí en su propia sangre renacía de nuevo y empezó a dar los primeros combates de una nueva jornada que culminaría años después. (Barría, 1953, p.181)

De ese modo, en este párrafo se agolpan metáforas fisiológicas, de trayecto, de reminiscencia católica, del tiempo y el espacio. El cuerpo, los ojos, las llamas, el renacer del ave Fénix y la sangre desde donde se vuelve al trayecto progresivo de la historia entendida como combate, derrota y nuevo combate destinado a la victoria y orientado por los “faros luminosos” que representaban los medios de la prensa obrera, “que con su resplandor van guiando el pensamiento de la nueva sociedad” (Barría, 1953, p.208). Una nueva sociedad para cuya sintética y sentida descripción Barría recurría a metáforas polares, oposiciones que dejaban en claro gran parte de los puntos que se ha querido subrayar hasta aquí. En sus palabras, “en el primer centenario de la Independencia irrumpen el pasado y el futuro, la noche y el día, la plutocracia y el pueblo” (1953, p.215). El antiguo orden era el pasado, la noche, lo oscuro y corrupto del gobierno del dinero; la alborada era el futuro, la claridad del día, la fuerza del pueblo.

Con imágenes muy parecidas es posible encontrarse al momento de someter a un rasero similar la lectura de la tesis de Julio César Jobet, redactada más de una década antes y dedicada al relato histórico de una de las figuras precursoras del pensamiento liberal –y para algunos socialistas– del campo político chileno de la primera mitad del siglo XIX, Santiago Arcos Arlegui. Aun cuando su narrativa está centrada en la vida, acciones y propuestas políticas de un solo hombre –así como la organización efímera en la que participó– en la construcción de su texto Jobet recurre sistemáticamente tanto a las condiciones del contexto socio-económico, como a un conjunto de metáforas que le permiten exponer la situación del pueblo de Chile, aquel sector postergado y políticamente excluido que el paladín que concentra la atención del historiador buscaba reivindicar y redimir de su condición. Con un fondo dramático determinado por gobiernos autoritarios y asonadas insurreccionales de corto destino como contexto de la narración, Jobet adiciona a la abundante cita de fuentes y bibliografía histórica un acopio de metáforas que, aquí, son útiles ejemplos del uso que a este tipo de plataforma la temprana Historia Social chilena daba, tanto para dar cuenta de la figura central del Pueblo, como a la proyección que este tenía en el escenario de la historia.

En su construcción narrativa, Jobet permanentemente oscila entre la ubicación del relato en la figura individual del prohombre que Arcos representaba para su crónica, como en la idea de Pueblo que su elegido –y muy en tono con los presupuestos del tipo de historiografía que Jobet inauguraba en su cultivo en Chile– suponía. Y para hacerlo recurría a metaforizar la relación entre uno y otro, o la posición histórica del segundo, de acuerdo a los *topoi* y figuras que ya se han detallado antes. De esa forma, y con la perspectiva puesta en el acontecer de las primeras décadas del siglo XX antes quizás que de las de cien años antes, a juicio del historiador las ideas de sus protagonistas habían “penetrado vastamente en las condiciones y circunstancias” que el

“seno de las masas” (Jobet, 1941, p.2) sabría acoger en el futuro. Como un camino ineluctable de destino, “las capas populares más capacitadas, en ese entonces los artesanos”, habían permitido que Arcos y Francisco Bilbao, su incombustible camarada, llevaran “a la realidad su proyecto” (Jobet, 1941, p.20). Este era expuesto con una cadena de oposiciones que, en su poder sintético, obligan a recordar las antinomias propuestas por Barría años más tarde: “la reacción y el pueblo, el pasado y el porvenir, la oligarquía y la democracia, el privilegio y la igualdad” (Jobet, 1941, p.20).

En esa función, la organización de la Sociedad de la Igualdad suponía, para Jobet, un intento que buscaba “romper un nuevo eslabón en la cadena que maniataba a los obreros”, en particular por el foco que los jóvenes liberales ponían en una “educación popular” que permitiese así “su liberación política como cultural” (1941, p.32). En ese trabajo, así como en la articulación orgánica de la Sociedad de la Igualdad, el papel de Arcos habría sido “oscuro, aunque fundamental”, en tanto se habría dedicado a la “estructuración y orientación del mecanismo interno, sin lo cual era imposible una acción política eficaz y fecunda” (Jobet, 1941, p.23). De esa forma, la recurrencia a metáforas de índole mecánico, así como expresivas de entidades sociales definidas como “capas” o “masas” reacias a ser conceptualizadas como agentes sociales estructurados –función clásica en las proposiciones de la Historia Social– servía al historiador para dar cuenta de la ralentización de la conciencia política del pueblo en relación a los relatos de tipo liberal en los que sus “líderes” estaban imbuidos.

El mejor ejemplo de lo anterior es expresado por Jobet cuando describe, en primer lugar, la situación de la población campesina del Chile de la primera mitad del siglo XIX, y luego, por el destino que la misma Sociedad de la Igualdad cumplimentó en su fracaso. Sobre lo primero, son expresivas las figuras que el autor elige para referirse al campesinado:

En todos esos combates a las masas campesinas no les importaba uno u otro de los bandos políticos, pues ninguno de ellos planteaba la solución del problema de la miseria y explotación de los trabajadores. No comprendían las reformas de que vagamente hablaba el partido liberal, pipiolo, pues ninguna de ellas comportaba una utilidad inmediata, material, visible. La libertad de sufragio era para ellas incomprensible y la elección era un suceso al que debían concurrir para entregar su voto al patrón, que le permitía, a cambio, alguna grosera expansión alcohólica. (Jobet, 1941, p.51)

Así, la figura de las “masas campesinas”, mayoritarias y de algún modo invisibilizadas en el relato de Barría centrado en la progresión del movimiento obrero, podía representar el fondo social –e historiográficamente narrativo– de la derrota de esa misma progresión que genealógicamente a inicios de la década de 1940 Jobet buscaba narrar en un contexto de politización muy distinto al del siglo XIX y que llevaba al Frente Popular al gobierno en el Chile de fines de la década del 30 del siglo XX. La ignorancia, la subordinación de las y los trabajadores rurales chilenos –y fuera de los artesanos más educados y proclives a las arengas liberales– así como del conjunto del pueblo hacía que este fuese un “mero espectador” de los sucesos que la crónica de Jobet buscaba relatar. Ello explicaba, a fin de cuentas, “que la Sociedad de la Igualdad en sus siete meses de existencia no alcanzó a formar una conciencia política definida en la masa popular” (Jobet, 1941, pp.40-41).

Conclusiones

El desarrollo de una comunidad historiográfica, en este caso del marxismo en la academia historiográfica chilena entre 1940 y 1950, es también el desarrollo de sus formas retóricas. Especialmente de aquellas que proporcionan herramientas para traducir una abstracción –como los conceptos históricos– a lo concreto –el pueblo–. Para los autores analizados, los repertorios metafóricos utilizados permiten reconstruir, a través de un personaje como Santiago Arcos y de un sujeto “pueblo”, el conflicto entre clases sociales y sobre todo poner en ejercicio una teoría, en este caso el marxismo, en una investigación empírica. Las metáforas utilizadas permitieron ese tránsito y tuvieron la capacidad de explicar fenómenos históricos y sociales y de paso dar un sentido histórico al pasado. De esta manera, la escritura en formación de la teoría marxista pudo abrirse paso al menos en estas décadas de 1940 a 1950 y efectivamente convertirse en una voz autorizada en la comunidad historiográfica chilena.

Siguiendo a Lakoff y Johnson (2009), predominan en las tesis analizadas las metáforas estructurales –aquellas en las que un concepto está estructurado metafóricamente en términos de otro–. Así, destacan metáforas mecanicistas (“mecánica de producción”, “cadena de hierro”, “eslabón más de la cadena de explotación”, “máquinas de la muerte”, “romper un nuevo eslabón en la cadena que maniataba a los obreros”, “estructuración y orientación del mecanismo interno”, “sin lo cual era imposible una acción política eficaz y fecunda”), metáforas de fluidos (“corrientes proletarias”, “fluyen a buscar un solo cauce que las regule, un freno al cauce natural en el que debían vaciarse las inquietudes políticas del proletariado nacional”), metáforas biologicistas (“los gérmenes de su futura redención”) y metáforas de edificios y escenarios (“es época de construcción de las primeras bases del edificio sindical del proletariado nacional”, “ya empiezan a dar síntomas de su presencia en el escenario de la historia”). La identificación de estas metáforas permite enlazar una serie de conceptos basales de la estructuración del lenguaje histórico de la temprana historiografía social. Una suerte de repertorio conceptual que enlazó el proceso investigativo con el de la escritura.

De esa forma, y aun con el auxilio de una vasta cantidad de fuentes que hacían referencia directa a los contextos de las clases trabajadoras y populares del siglo XIX e inicios del XX chileno, los autores aquí analizados –en los textos que los certificaban de algún modo como miembros de una comunidad de profesionales dedicados al estudio sistemático del pasado, y además con su adscripción a un tipo de corriente de análisis formalizada en sus presupuestos epistemológicos y métodos de interpretación– recurrieron una y otra vez en su escritura histórica al uso de metáforas que tanto llenaban vacíos que la misma documentación no podía saldar, como dejaron entrever sus propias proposiciones de futuro, instalados en contextos que históricamente podían ser leídos de forma progresiva, pero que escrituralmente se ubicaban en la plataforma al parecer ineludible de un lenguaje en el que la descripción de los hechos y agentes sociales protagonistas de su narración eran conceptuados –o inconceptuados si se prefiere– con figuras lábiles, metáforas, las únicas al parecer capaces de cubrir la brecha entre lo que las mismas fuentes no eran capaces de describir –salvo en el testimonio de un puñado de obreros o jóvenes de elite ilustrados– pero que eran imprescindibles para construir una narrativa de Historia Social que estuviese acorde a sus agendas políticas contingentes y al estilo que la retórica de la escritura de la temprana Historia Social de su tiempo demandaba. Cauces, Aves Fénix, bases y edificios, sangre, masas desestructuradas, eslabones, armas y combates, futuros, todas figuras que develaban mucho más que lo ocurrido –la compulsión de la experiencia, lo complejo de entramar, el silencio radical de

los que no dejaron huella más que su materialidad hecha de índices y notas de prensa o pliegos de huelga— las herramientas de una escritura histórica que, motivada por un afán de verdad, encontró en el lenguaje narrativo (y en la metáfora en particular) las formas sintéticas que hiciesen verosímil y proyectable hacia el futuro una efectiva Historia Social.

Bibliografía

- Ankersmit, F. (2004). *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ankersmit, F. (2011a). El Giro Lingüístico: teoría literaria y teoría histórica. En Ankersmit, F., *Giro Lingüístico, teoría literaria y teoría histórica*, (pp. 49-105). Buenos Aires: Prometeo.
- Ankersmit, F. (2011b). Enunciados, textos y cuadros. En Ankersmit, F., *Giro Lingüístico, teoría literaria y teoría histórica* (pp. 133- 169). Buenos Aires: Prometeo.
- Barría, J. (1953). *Los movimientos sociales de principios del siglo XX (1900-1910)*. Memoria para optar al título de profesor de Historia y Geografía. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Betancourt, F. (2007). *El retorno de la metáfora en la ciencia histórica contemporánea. Interacción, discurso historiográfico y matriz disciplinaria*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Blumenberg, H. (2003). *Paradigmas para una metaforología*. Madrid: Trotta.
- Bourdieu, P. (2009). *Homo academicus*. México: Siglo XXI.
- Burucúa, J. y Kwiatkowski, N. (2014). *Cómo sucedieron estas cosas. Representar masacres y genocidios*. Buenos Aires: Katz.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2010). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Fernández Sebastián, J. (2015). *Metáforas para la historia y una historia para las metáforas*. En Godicheau, F. y Sánchez León, O. (editores). *Palabras que atan. Metáforas y conceptos de vínculo social en la historia moderna y contemporánea*. Madrid/México: Fondo de Cultura Económica.
- Florescano, E. (2003). Notas sobre las relaciones entre memoria y nación en la historiografía mexicana. *Historia Mexicana* 53 (2): 391-416.
- Friedlander, S. (2008). *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Gadamer, H-G. (2007). *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos.
- Gazmuri, C. (2009). *La historiografía chilena 1842-1970, (tomo II 1920-1970)*. Santiago: Taurus.
- Ginzburg, C. (2000). *Ojazos de madera: Nueve reflexiones sobre la distancia*. Barcelona: Península.
- Jay, M. (2009). *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Buenos Aires: Paidós.

- Jobet, J. (1941). *Santiago Arcos Arlegui y la sociedad de la igualdad*. [Memoria para optar al título de profesor de Historia y Geografía]. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2009). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Maiguashca, J. (2015). Historians in Spanish South America. Cross-References between Centre and Periphery. En Woolf, D., Macintyre, S., Maiguashca, J., Pók, A., Hesketh, I. (Eds.), *The Oxford history of historical writing, vol. 4* (pp. 463-487). Oxford: Oxford University Press.
- Novick, P. (1997). *Ese noble sueño: La objetividad y la historia profesional norteamericana*. México: Instituto Mora.
- Soza, F. (2013). La historiografía latinoamericana. En Aurell, J. (Ed.), *Comprender el pasado: Una historia de la escritura y el pensamiento histórico* (pp. 341-438). Madrid: Akal.
- Stambovsky, P. (1998). Metaphor and Historical Understanding. *History and Theory* 27 (2): 125-134.
- Torstendahl, R. (2014). *The Rise and Propagation of Historical Professionalism*. New York: Routledge.
- White, H. (1998). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE.
- White, H. (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo.
- Zermeño, G. (2004). *La cultura moderna de la historia: Una aproximación teórica e historiográfica*. México, D.F: El Colegio de México.